

Los elfos montañoses de Torrente

Nuestra historia comienza en Torrente, nombre que deriva de las innumerables e inmensas cascadas y caudalosos ríos que caracterizaban a este planeta. Torrente tenía siete continentes rodeados de océanos; en el continente sureño de *Septem* había planicies, todos los demás poseían inmensas montañas cuyas cumbres estaban cubiertas de nieve perpetua.

Torrente siempre estaba rodeado de nubes de un azul eléctrico, o un gris plumizo, por ello en el planeta había lluvia casi todo el año. Sólo en algunos meses de su corta primavera, los días eran más cálidos y las nubes se tornaban blancas, abriéndose de cuando en cuando para dejar pasar el calor de sus dos pequeños soles.

En los dos continentes situados más al norte, *Kodesh* y *Elión*, los meses de lluvias torrenciales de invierno que comprendían los últimos cuatro meses de su año de novecientos días, extensas zonas de su territorio quedaban cubiertas de agua, formandose inmensos mares interiores.

Algunos de esos mares conectaban con los océanos y se volvían extremadamente peligrosos pues se poblaban de gigantescos monstruos marinos como el inmenso tiburón hieron de treinta metros de largo que poseía dientes de casi 20 centímetros. La piel de este monstruo tenía la característica de que cuando estaba en los mares interiores se cubría de gruesas escamas imposibles de penetrar, pero que perdía al volver al océano volviendo lisa.

En los meses cálidos, cuando bajaba la marea, los elfos colectaban las escamas nacaradas verdes y azules del hieron que quedaban en los mares interiores para fabricar yelmos, escudos, puntas de flechas y de lanzas; aunque ligeras, las escamas eran más duras que el acero, por lo tanto se volvían valiosas y se usaban como moneda de cambio.

En los otros cuatro continentes, *Moriom*, *Talcuc*, *Formir* y *Nive*, durante los meses de lluvias torrenciales los ríos se volvían innavegables y peligrosos y el rugir de las inmensas cascadas se podía escuchar a kilómetros de distancia.

En los seis continentes del norte habitaba la raza de los elfos. Medían casi dos metros de altura, eran de piel blanca y poseían unas grandes orejas alargadas que terminaban en punta. Además de un porte gallardo, todos tenían bellas facciones que resaltaban sus hermosos y grandes ojos verdes o azules. Sólo el color de su cabello diferenciaba a los elfos de cada continente. Los elfos de Kodesh y Elión tenían el pelo blanco, los de Moriom y Talcuc el pelo rubio, los de Formir y Nive poseían el cabello negro.

La orgullosa raza de los elfos habitaba en las copas de gigantescos árboles de los bosques de estos seis continentes. Sus casas eran bellas cabañas construidas alrededor de los inmensos troncos, adornadas con finos detalles de hojas y flores en el dintel de las puertas y en los marcos de las ventanas. Usualmente un mismo clan o familia habitaba un tronco; sus cabañas se construían una arriba de otra pero separadas por diez metros de distancia. Tan sólo en su cima cada árbol podía albergar hasta veinte casas élficas.

Su gobierno era presidido por un Consejo de Ancianos que se conformaba por un representante de cada clan. Además, existía una clase sacerdotal a la que consideraban médicos del alma, la mente y el cuerpo, pues los elfos sabían que todas las enfermedades comienzan en la mente.

Las mujeres se dedicaban a la elaboración de canastas, trastes y enceres domésticos. También eran las encargadas de confeccionar hermosos ropajes hechos de la seda de una enorme oruga multicolor de casi treinta centímetros. Este material tenía la particularidad de variar su color y a veces era amarillo, a veces marrón, otras verde, azul, blanco o rojo; el más raro era el morado, por lo tanto se dejaba éste para las prendas del Consejo de Ancianos.

La casta sacerdotal vestía casi siempre de blanco, pues este debía ser el color del alma de los que quisieran pertenecer a este noble oficio; algo nada sencillo, pues requería muchos años de preparación.

Su religión ancestral fue fundada por el primer gran mago y sacerdote Sepir, originario de Formir, quien sentía un gran amor y una inmensa veneración por el espíritu del planeta Torrente, a quien se refería como la “Madre Torrente”. Sepir estaba convencido de que la Madre Torrente era la dadora de vida y proveedora de sustento que conocía profundamente a toda forma viviente en el planeta.

Junto con sus discípulos, el gran primer mago le rezaba y agradecía a diario. Cierta día tuvieron una visión: como si fuese una enorme pantalla, sobre la cascada comenzaron a aparecer imágenes mientras una hermosa voz susurrante les decía:

“Yo soy su madre Torrente, el espíritu de este mundo, ¡oh amados hijos! atiendan a lo que voy a contarles. Hace mucho tiempo existió un planeta rodeado de agua llamado Tera, habitado por una especie llamada hombre. Los hombres de Tera eran tan ambiciosos como egoístas y comenzaron a sobrepoblar el planeta. Sacaron de las entrañas de Tera un combustible negro que envenenaba el aire, que cambio de ser transparente, portador de los suaves aromas del mar y los campos, a ser sucio, negruzco y pestilente. También contaminaron sus ríos y mares con el vil producto de ese combustible negro. Además, aprendieron a transformar esta sustancia en diversos objetos que una vez hechos difícilmente podían ser desintegrados.

No conformes con esto, talaron vastos y hermosos bosques que limpiaban el aire y les otorgaban sombra, agua, frescor, para hacer con ellos productos para la venta. Los habitantes de Tera sólo tenían amor por si mismos, por eso realizaron grandes matanzas de animales, algunos para comer, otros solo por diversión; así, poco a poco fueron extinguiendo todas las especies de plantas y

animales sobre la superficie de Tera. El clima comenzó a cambiar, pero sus gobiernos, llenos de personas codiciosas, aunque tenían alternativas para el uso de otro tipo de fuentes de energía se negaron a utilizarlas, prefiriendo el sucio combustible que generaba grandes riquezas para ellos.

Cada generación hizo lo mismo hasta que acabaron completamente con los recursos de Tera y, por lo tanto, con ellos mismos.

En la imagen que se proyectaba en la cascada, lo que anteriormente había sido un planeta azul y verde, apareció como un planeta desértico con mares negros, arrasado por un inmenso calor que parecía aplastar a los pocos habitantes muertos de sed que quedaban en sus desoladas llanuras.

La mágica y dulce voz de la madre Torrente continuó.

—Ahora, hijos, presento los preceptos necesarios para que en Torrente no ocurra lo que en Tera:

Las Familias de Torrente se organizarán en clanes y los que pertenezcan a la misma región formarán una comunidad que será gobernada por un consejo de ancianos.

Cada clan cosechará su propia comida, confeccionará su ropa, armas, muebles y todo lo necesario para su supervivencia.

Queda prohibido cortar árboles, desde ahora ellos serán los mensajeros e intermediarios entre la madre Torrente y los elfos. Únicamente podrán utilizar la madera de árboles alcanzados por relámpagos, los arrastrados por las fuertes corrientes o los vientos de tormenta, los enfermos o muertos por cualquier otra causa natural para fabricar muebles o enseres.

Cada clan adoptará una especie animal originaria de su continente para estudiar sus costumbres, convirtiéndose así en sus protectores.

Cada animal será considerado un ciudadano más, por lo que estará estrictamente prohibido cazar y comer la carne de cualquier especie, así como su maltrato.

Los problemas con un animal en particular serán consultados con sus protectores quienes determinarán el curso de acción.

En tiempos de paz, solo se permitirá dos hijos por generación de cada clan; en tiempos de guerra, el consejo de ancianos determinará los permisos para el número de hijos por clan.

Terminó diciéndoles: —Yo, su madre Torrente, a cambio les proveeré de diversos tipos de hongos para su sustento, así como frutos y legumbres que podréis cultivar en los bosques, de manera que nunca os faltará comida, refugio o vestido.

Así nació una raza de elfos guerreros en Formir que mediante forcos guerras fueron conquistando y estableciendo estas leyes y sistema de vida en los otros continentes habitados por los elfos. De esta forma los elfos se convirtieron en los guardianes de Torrente. Con toda la facultad guerrera para hacer valer estas leyes ante cualquier raza o comunidad que quisiera transgredirlas.

En los seis continentes habitados por elfos esta era la ley que prevalecía. Pero el continente sin grandes montañas de Septem era diferente. Estaba habitado por una extraña raza de elfos de menor estatura; tenían el cabello negro, orejas chatas y pequeñas. Por la semejanza con la de los seres que habitaron Tera a esta raza la llamaron hombres.

A pesar de que los elfos eran grandes guerreros existía una gran dificultad para imponer la doctrina y ley de la Madre Torrente en Septem, pues era un continente muy alejado, rodeado por el Océano del Sur Elir, poblado de inmensos monstruos marinos que lo hacían innavegable; no sólo el tiburón hieron rondaba esas aguas, también lo habitaban gigantescas serpientes, pulpos, enormes calamares y otras bestias desconocidas que en pocos segundos acababan con cualquier embarcación.

Por si esto fuera poco, al sur del continente Talcuc soplaban vientos huracanados en ciertos meses del año que formaban olas de casi veinte metros de alto; además, en las temporadas de lluvias torrenciales las fuertes tormentas hacían casi imposible su navegación.